

## EL PEDO MÁS BELLO DEL MUNDO

---

*Para Edwin*

Llevaba tiempo sin pensar en ella. No sé por qué. Hoy era lunes. Eso lo tengo claro. Desperté a eso de las once, rodeado del calor de las mantas y el latido amigo de Inés en mi costado derecho me hizo creer que yo tenía el corazón de ese lado, si es que tengo corazón. Me desesperé, pensé en todas las cosas importantes que tenía por hacer por la mañana y volví a dormirme. Sólo un rato. En la ventana del techo de la buhardilla, la lluvia telegrafaba un mensaje que no me contaba nada nuevo. Me sentí bien, casi bien. Y eso ya es mucho. La tele, sin sonido, estaba encendida. No sé por qué. Cambié de canales buscando dibujos animados pero sólo me encontré con la cara de Rajoy en todas partes, o la de Zapatero, o la de Bush. Prefiero a las Supernenas, que son igual de cursis pero al menos vuelan.

En La 2 ponían un partido de tenis entre dos rusas de falda muy corta. Una de ellas gemía al darle a la pelota. Interesante. Le di un poco de volumen. Era la Sharapova o como coño se escriba. Me quedé un rato escuchando sus gemidos. Buenos gemidos. Supongo que, viejo verde al fin, empecé a mirarle las piernas y los pechitos al pegarle a la

raqueta con fuerza de cosaco. Y en algún momento llegué a la cara, al pelo rubio recogido en coleta, al rubor saludable en las mejillas.

Entonces me acordé de la rubia de la Línea 10.

Podría decirse que lo mío con ella fue amor a primera vista.

Pero sería inexacto.

Fue hace unos cinco años o un poco más. Era por la mañana y también tenía resaca, como esta mañana. Sólo que llevaba una camisa y un pantalón más o menos decentes, iba o venía de cubrir alguna rueda de prensa absurda para diarios de provincias remotas. Lo de siempre: todo es cargar sacos, de un modo u otro, cuando has pasado de los 40 y no te has asegurado un trabajo estable y un estable culo que lamer en las comidas de empresa. Yo estaba solo en el andén de la línea 10, la línea pija con pantallas planas en los vagones, aire acondicionado y puertas automáticas que al abrirse hacían sonar una alarma aguda y chillona, como la música de *Psicosis* cuando Norman Bates le daba gusto al cuchillo de cocina.

Pero faltaban cuatro minutos para que llegara el tren, estaba solo de este lado del andén, y nuevamente pensaba en el suicidio como una forma de hacer turismo. No tenía urgencia por hacerlo, pero me apetecía bastante. Mi vida profesional era una mierda, mi carrera literaria era sólo una pila de originales nada originales de un metro y diez centímetros de alto, y otro amor de mi vida se estaba yendo lentamente por el sumidero. Uno de esos sumideros atascados de pelos, que tardan una eternidad en llevarse el agua, pero al final se la llevan.

¿Por qué no hacerlo, allí, en ese momento? Un estúpido prurito profesional, jodido grillo, me recomendó que antes enviara la crónica de la rueda de prensa. Me reí solo, como un loco, y al otro lado de las vías, una señora bien vestida con hijito mal avenido me miró con desconfianza.

Entonces llegó ella.

Todos los bancos del andén estaban vacíos, pero caminé hasta el mío y se sentó junto a mí. La espalda muy recta, la cara fresca y el pelo rubio domado en cola de caballo sin montura. La miré de reojo y pensé que si lo hacía, si saltaba delante del tren, la muchacha tendría algo que contar a sus jodidos nietos.

Voy a ser sincero: no sé si iba a saltar o no, pero me atraía la idea. También pensé en empujarla a ella delante del tren, pero era sólo una fantasía, de esas que todos tenemos. Bueno, de las que yo suelo tener.

Volví a mirarla de reojo y estaba buena. Bastante buena, pese a su ropa formal, su bufanda a cuadros y su abrigo marrón claro. Algo en su expresión decidida me intrigó o puede que yo estuviera buscando excusas para no saltar. Suelo hacerlo.

El cartel luminoso anunció que el tren iba a hacer su entrada en la estación como si eso fuera una buena noticia y yo me pregunté si saltaría o no. Imaginé una moneda y la lancé mentalmente al aire. Aposté por cruz y cuando estaba terminando de caer, el tren llegó vomitando una luz sucia por la garganta del túnel y sonó el pedo.

Un pedo, un sonoro, prolongando y luminoso pedo, una obra de arte del viento de los cuerpos, una sinfonía interminable y llena de matices y de notas musicales. Un pedo en La mayor, soberbio, prolongado, Isadora Duncan danzando en el aire estrangulada por la bufanda de la voz de Sara Vaughan mientras la Callas tenía el primer y único orgasmo de su vida, un pedo como una danza húngara, como el pizzicato de los dedos de cierta violinista pequeña y dulce que había visto tocar tres veces en la calle y a la que nunca me acerqué porque yo no sabía pellizcar las nubes. Un pedo inaugural, apocalíptico, capaz de separar las aguas del Mar Muerto y dejar sordo a Beethoven.

En resumen: un reverendo pedo.

Y sólo podía ser de la dulce muchacha sentada a mi lado, había salido de su pequeño y pulcro culito esa agonía creativa irreplicable y que te jodan, Mozart, nunca llegaste a tanto.

Imaginé su vergüenza, el rubor derramado por su cara, y resistí el impulso de mirarla y romper en aplausos. Ese pedo era la vida, la música vital, el allegro que necesitaba para no suicidarme.

Llegó el tren y tras la música vinieron los aplausos del perfume: leve, sutil, pero tan personal que supe que sería capaz de reconocer el olor de sus pedos musicales entre todos los del mundo.

Me adelanté hacia el vagón dejándola atrás, para evitarle la incomodidad que siente todo artista cuando su obra es reconocida, y cuando la puerta se cerró y ella no había subido, pensé que dejaría pasar ese tren para perder de vista al único testigo de su obra maestra. Pero en lugar de quedarse sentada, se puso de pie y caminó hacia la salida del andén, la frente alta, los hombros rectos, el culito victorioso.

Cuando el tren pasó junto a ella, la miré y sonreía satisfecha, plena, feliz.

Durante el viaje tejí una historia demencial en la que la bella tira-pedos de la línea 10 repetía esa hazaña varias veces por día, buscaba andenes solitarios y suicidas en potencia, para obsequiarles con la melodía incomparable de su esfínter y devolverles las ganas de vivir. Alguna vez creí reconocerla, sentada en el andén, con las rodillas juntas y sin subir al tren, esperando al selecto público de su próximo concierto. Pero no pude estar seguro de que fuera ella. Y meses después, entre Cuzco y Chamartín, en el vagón atestado, detecté el sutil perfume de su paso. Pero por más que perseguí a la masa de viajeros que se derramó al llegar a la estación, fui incapaz de encontrarla y llegué tarde a otra rueda de prensa sin sentido.

Seguí secretamente enamorado de ella durante un tiempo, hasta que en otro viaje de metro divisé un culito menos sinfónico pero artístico a más no poder.

Y fingí olvidarme de ella.

Fue en vano.

Cuando veo subir al metro a un pobre diablo con expresión maravillada, imagino que acaba de encontrarse con ella y siento un poco de envidia.

Así que ya lo sabes: si alguna vez tienes ganas de tirar la toalla, de bajarte del mundo y sus putadas, date una vuelta por la línea 10 de metro en horas de poca afluencia de pasajeros.

Con un poco de suerte, te encuentras con el ángel rubio y te salva la vida regalándote el pedo más bello del mundo.